

Formación en las virtudes

Marco Cortez

Doctor en Teología Moral (Universidad de la Santa Cruz). Rector del Seminario Mayor Santo Toribio de Mogrovejo de la Diócesis de Chiclayo y Profesor de la Universidad Católica Santo Toribio.

Los diversos aspectos de la formación sacerdotal que vamos a hilvanar tienen como hilo conductor al Beato Josemaría: de qué manera contribuyó, con su vida sacerdotal y con sus escritos a hacer más asequibles las enseñanzas magisteriales sobre la formación de los futuros sacerdotes. Mi exposición no será teórica, pues la reflexión sobre el influjo del Beato Josemaría en la formación de los sacerdotes es, para mí, la reflexión sobre mi propia formación, sobre el camino recorrido hacia mi ordenación sacerdotal.

1. LA INFLUENCIA DEL BEATO JOSEMARÍA EN MI FORMACIÓN SACERDOTAL

Mi formación sacerdotal inicial discurre en el Seminario Santo Toribio de la Diócesis de Chiclayo. Muchas veces se ha insinuado que un recinto de formación eclesial está marcado por el rigorismo, por la disciplina férrea y hasta contribuye a esta imagen tétrica de los seminarios la misma estructura de los edificios. Contrariamente a esta imagen, debo decir que mi experiencia de seminarista fue todo lo contrario. Cuando ingresé al Seminario tenía diecinueve años y me encontré con unos sacerdotes que a pesar que rayaban los cuarenta y un poquito más, mostraban una juventud que resultaba tan atractiva para los muchachos inquietos y rebeldes que se incorporaban al Seminario. Me encontré para mi sorpresa que hasta el Obispo —Mons. Ignacio María de Orbegozo— jugaba fútbol... y no lo hacía mal. Asimismo, el seminario tenía el aspecto de una casa de familia, como la mía, sólo que mucho más grande y con cancha de fútbol que no tenía la mía obviamente.

Recuerdo que mis primeros pasos en el seminario no estuvieron marcados por la nostalgia o por la añoranza de lo que había “perdido”. Además, en el seminario se respiraba un aire de familia, de alegría desbordante y de exigencia amable que no destruía la libertad; al contrario, se nos presentaba la vocación en tonos amables y bonitos. Más tarde pude comprobar que también en eso se reconocía el influjo del Beato Josemaría, que enseñaba: «La verdadera virtud no es triste ni antipática, sino amablemente alegre»¹. Eso era y así fui entendiendo el camino vocacional. La identificación con Cristo, el discernimiento vocacional, las exigencias de la entrega, la toma de conciencia de formarse “a conciencia”; todo ello pasaba a través de esta visión. La entrega a Dios, por lo tanto, no puede ser triste ni molesta ni, mucho menos, motivo de compasión por el hecho que uno se entrega a Dios.

Mi vida hasta ese momento había discurrido tan normal y despreocupada como la de tantos muchachos de mi entorno, y puedo afirmar que continuó tan normal y aparentemente despreocupada; eso sí con algo de novedoso. El hecho de haber descubierto la vocación sacerdotal y el hecho de que se me hubiera presentado como un camino hacia la santidad, me abría otros horizontes insospechados hasta el momento. Fui entendiendo que la meta última no era la de ser sacerdote por ser sacerdote, y mucho menos la de acceder al sacerdocio a cualquier precio, sino la de buscar la santidad en el sacerdocio. A partir de entonces —en aquel momento como seminarista— tenía que vivir mis jornadas esforzándome por corresponder a Jesús.

Entonces, si la práctica de las virtudes humanas suponen el presupuesto previo para el edificio de la vida cristiana, con cuánta mayor razón para un candidato al sacerdocio. Ahora veo que podría comparar mis años del seminario como un cuadro donde el Pintor ha ido delineando y ha ido plasmando el boceto. El Señor se encargaría de colocar a lo largo del tiempo las tonalidades y los detalles.

Y el Beato Josemaría, ¿de qué manera participó y contribuyó en mi periodo formativo? Puedo afirmar que participó a través de sus escritos y a través de unos instrumentos, los sacerdotes que intentaban vivir su sacerdocio tal como enseñaba la Iglesia. Mi experiencia como la de tantos otros es la de haber tenido en el fundador del Opus Dei a ese formador silencioso del cual se sirvió la gracia de Dios para ir trabajándonos por dentro. El mensaje de este sacerdote se tornó como connatural y sin imposiciones de ningún tipo en mi periodo formativo. De su mano aprendí, además, que para acceder a la santidad hay que conservar y potenciar la individualidad y la propia responsabilidad. Puedo terminar este

¹ *Camino*, 657.

punto diciendo que para mí la formación sacerdotal tuvo un apoyo firme y eclesial: lo que enseñaba y aconsejaba el Beato Josemaría acerca de la vida cristiana y cómo uno debía vivir las virtudes para identificarse con Cristo. Me ayudó a descubrir que la vocación al sacerdocio, además de ser una llamada divina, pide una respuesta con profundidad, ya que el candidato al sacerdocio tiene que responder con todo su ser, siendo consciente de que debe personalizar la formación que recibe. Las exigencias no se me presentaron como algo impuesto y ajeno a mi persona, sino como algo que debe ser asumido porque uno lo quiere, con libertad responsable.

2. EL MENSAJE DEL BEATO JOSEMARÍA EN LOS FORMADORES DEL SEMINARIO

El Seminario diocesano abrió sus puertas en el año 1972; dos años después se tuvo que cerrar y al año siguiente volvió a recibir a nuevos jóvenes que decían tener vocación al sacerdocio. Detenernos en las razones del porqué se cerró intempestivamente nos llevaría demasiado lejos del objetivo de estas líneas. Sólo diré que Mons. Ignacio demostró ser un Pastor sabio y prudente que hizo lo que tenía que hacer. Al reabrir el Seminario se encontró con obstáculos e incomprendiones. Afirmaban algunos que no era el momento oportuno de trabajar en la promoción de las vocaciones sacerdotales, pues existían —según ellos— otros aspectos más importantes por los que la Iglesia debía dedicarse plenamente.

Contra viento y marea se puso en marcha el seminario otra vez. Ese año ingresaron 7 candidatos: 5 de la Diócesis y 2 de la Prelatura de Chota. Mons. Ignacio puso el seminario en manos de tres sacerdotes que pertenecían a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Aquellos hermanos mayores arrimaron el hombro con la ilusión de los trabajadores de la Viña del Señor, de estar haciendo algo que Dios Nuestro Señor estaba empeñado en sacar adelante. Con visión de futuro fueron colocando las piedras, los fundamentos del edificio que se iba construyendo con el paso del tiempo. Ellos supieron dar al seminario el toque de ambiente de familia y de sobriedad cristiana.

Existe una paradoja que vale la pena resaltar. Mientras que en algunas jurisdicciones eclesíásticas clausuraban los seminarios o se debatían en consideraciones agotadoras sobre cuál debía ser el nuevo perfil del sacerdote para los tiempos actuales, estos beneméritos formadores trabajaban intentando formar bien a esos muchachos que tenían entre manos. La enseñanza del Beato Josemaría que, precisamente, ponía en guardia sobre la “mística hojalatera”, infecunda e inútil, les hacía poner la cabeza y el corazón en lo que tenían entre manos.

Los años fueron pasando y el seminario fue creciendo en número, cada vez con mayor celeridad. Los sacerdotes que fueron mis formadores supieron transmitir el intenso amor al sacerdocio que habían aprendido del Beato Josemaría con la naturalidad y la espontaneidad que sólo la Providencia de Dios puede dar: transmitían lo que vivían. No fueron formadores como yo había imaginado antes de entrar en el seminario; eran sacerdotes que uno los sentía cercanos, amigos y personas gratas. Alegres, joviales, exigentes con ellos mismos y a la vez comprensivos con los demás. Nos llevaban como por un plano inclinado hacia el amor de Dios, marcando ellos el paso —repito— con la naturalidad y la espontaneidad que sólo la gracia de Dios y la diaria correspondencia puede transmitir.

Si alguien me preguntara quién me habló del Opus Dei, o quien me explicó su mensaje, debo reconocer que nadie me lo explicó —en el sentido especulativo del término—: yo no *conocí* el Opus Dei; yo lo toqué con mis manos, lo “respiré” con la suavidad de las cosas de Dios a través de aquellos sacerdotes que traté. El estilo de vida y sus testimonios fueron la mejor carta de presentación y el mejor “gancho” para conocer al Beato Josemaría y al Opus Dei, para enamorarme más y más del sacerdocio católico. No hacían nada de extraordinario, les veíamos rezar, estudiar, trabajar, gastarse en la vida ministerial de cada día con la ilusión de los que saben que están donde deben estar.

Por ello, la misión de educar y de formar de los sacerdotes diocesanos que tuve como formadores, partía de un hecho contundente: tenían el encargo de ayudar a descubrir la vocación de los candidatos, de ayudarles a rectificar la intención, de fortalecerlos y hacerlos crecer hacia el sacerdocio tal y como quiere la Iglesia. Aquí debo subrayar otra paradoja. Algunos —con la mejor intención, pero desconociendo la realidad— sostenían que estos sacerdotes no tenían la capacidad suficiente para formar sacerdotes diocesanos por el hecho de que su pertenencia al Opus Dei les impedía tener una visión diocesana. Pero el tiempo y los hechos han demostrado todo lo contrario; la evidencia de los hechos se ha encargado de demostrar que los sacerdotes que viven el espíritu del Beato Josemaría vez reforzado el carácter diocesano de su identidad sacerdotal y por lo tanto resultan idóneos para formar a sus futuros hermanos diocesanos.

El Beato Josemaría decía: «Sacerdotes según el Corazón de Cristo. Sacerdotes cien por cien»², en definitiva en la perspectiva de lo que la Iglesia siempre quiso y quiere. Todo el entramado de la formación sacerdotal apuntaba a esa meta: sacerdotes de la Iglesia universal sirviendo en la Iglesia local. Aquí volvemos a tocar con la mano la enseñanza del Beato Josemaría. Él enseñaba que todo creyente debe buscar la perfección y la intimidad con Nuestro Señor Jesucristo,

² Cfr. *Sacerdote para la eternidad*, 35; *Es Cristo que pasa*, 121.

sin reduccionismos, sin antagonismos. Para llegar a la santidad hay que partir del presupuesto humano: «para ser muy divinos, hay que ser también muy humanos»³, para poder imitar a Jesucristo «que es *perfectus Deus, perfectus Homo*»⁴. Entonces, para ser sacerdote es necesario ser hombres de una pieza, hombres leales, hombres educados, serenos, trabajadores, sencillos, sinceros, ordenados, honrados, veraces, etc. Para llegar a esta integración es necesario practicar las virtudes humanas. Todo esto nos habla de formar en las virtudes humanas.

Mis formadores apuntaron hacia esa finalidad, sin rebajar las exigencias de la entera formación sacerdotal. Resumo este segundo punto con una última idea. La aportación del Beato Josemaría en la formación de los sacerdotes seculares se traduce también en haber transmitido esta visión integral de lo humano y de lo divino: eso fue lo que yo vi en los sacerdotes que me formaron.

3. LA CONTRIBUCIÓN DEL BEATO JOSEMARÍA EN EL FOMENTO DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES EN MI PAÍS

El Beato Josemaría llegó a la ciudad de Lima en julio de 1974. Tuvo ocasión de conversar con algunos sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Unos se encontraban trabajando en la Prelatura andina de Yauyos, otros en la Diócesis de Abancay y otros en la de Chiclayo. Eran cerca de cuarenta sacerdotes que habían llegado procedentes de distintas diócesis españolas. En un ambiente grato y familiar, el Beato Josemaría, les animó a trabajar por el fomento de las vocaciones sacerdotales nativas. Les instó a rezar y hacer rezar para que el Dueño de la mies enviase operarios a su Iglesia. Les dio consejos prácticos de cómo trabajar en la pastoral vocacional: formar grupos de acólitos, preparar cursos de catequesis, formarlos en la práctica de las virtudes humanas desde pequeños...; y, luego, dejar que la acción de Dios actúe en sus almas. Aquellos sacerdotes comprendieron el alcance y la importancia de esas reflexiones; rezaron, trabajaron, se mortificaron, arrimaron el hombro en los distintos seminarios diocesanos y Dios hizo el resto.

Pasados veinte años, comenzaron a ordenarse los primeros sacerdotes, fruto de la oración y los consejos de del Beato. Primero fue Cañete, luego. Abancay, Chiclayo, Huancavelica, Arequipa, Lima, Chosica, etc. En la actualidad somos más de doscientos veinte sacerdotes diseminados por toda la geografía peruana; incluso algunos están ayudando en diócesis fuera del país. La contribu-

³ *Conversaciones*, 104.

⁴ *Amigos de Dios*, 75.

ción del Beato Josemaría en el fomento y en la formación de sacerdotes según el Corazón de Cristo y de la Iglesia es un hecho que se puede tocar y palpar. Sólo nos queda agradecer a Dios por tan maravillosa ayuda en la persona, en la vida santa y en los escritos del Beato Escrivá. A nosotros nos queda continuar en la línea que él nos dejó; siendo muy humanos para poder ser muy sobrenaturales y proseguir hacia la patria celeste: con los pies puestos sobre la tierra y con la cabeza tocando el cielo.